

EL TEOGNOSTICISMO O LA TEORIA DE LA VISION EN DIOS DE MALEBRANCHE

Por MARIA ANTONIETA BARRANGER. SS. CC.

Nicolás Malebranche, cartesiano francés del siglo xvii, se propuso, en una magna obra, *Recherche de la Vérité*, probar que, siendo la verdad el mayor bien del hombre, y la ignorancia, su mayor mal, es de la más grande importancia estudiar cuáles son las principales fuentes del error, y buscar dónde se halla el verdadero factor para la investigación de la verdad.

Para llevar a cabo su obra, investiga en primer lugar el valor de lo que comúnmente se considera como factores del conocimiento; éstos son: los sentidos, la imaginación y el entendimiento puro, pero declara que ninguno de ellos nos puede informar acerca de la verdad. En efecto:

1) *Los sentidos* ponen nuestro cuerpo en contacto con el mundo exterior, mas no nos enseñan nada. Así, el sentido de la vista, si bien nos informa sobre la extensión, no nos puede explicar lo que es la extensión. Capta igualmente las figuras de los objetos, pero la imagen que forma de ellos es inexacta, aunque nosotros sabemos distinguir las verdaderas formas a través de las falsas representaciones. En fin, si bien la vista cree poder percibir el movimiento, queda impotente ante el problema de su valor propio. De todo lo cual concluye que "los sentidos han sido hechos para el cuerpo" pero su papel en lo tocante al conocimiento, se reduce al de una simple ocasión para la acción de algún factor superior.

2) *La imaginación* preside a las representaciones interiores, pero siendo de la misma naturaleza que los sentidos, no difiere de ellos sino por grado. Todo su trabajo — el cual no es más que fuente de fantasías — viene a ser el resultado de un puro mecanismo de los llamados “espíritus animales”. La imaginación, teniendo así un rol pasivo, no puede ser considerada como verdadera facultad; y por lo tanto, el conocimiento interior que el hombre puede tener, supera a lo que ella aporta.

3) En cuanto al *entendimiento puro*, aunque superior a los otros factores, se encuentra también impotente para explicar muchos problemas referentes a lo que el hombre puede aprehender: entre otros, tenemos la noción de infinito: si el hombre puede tener noción de infinito, siendo él finito, tiene que ser porque interviene otro agente superior a su entendimiento natural propio.

De esta parte negativa de la investigación, saca la necesidad de acudir a un intermedio que ponga en contacto el ser cognoscente con el objeto conocido este intermedio, lo encuentra Malebranche en la idea.

La idea malebranquina viene a ser como la especie de todo conocimiento. Pero ¿de dónde le viene al hombre esta idea? Malebranche no admite el realismo aristotélico, por el simple hecho de que lo interpreta de una manera material; rechaza asimismo, el inneísmo de Descartes y demás sistemas que dieran al hombre el poder de tener ideas en ellos mismos o por ellos mismos y la razón que da de ello, es que la idea es superior al hombre y lo menor no puede contener lo mayor. La única solución la encuentra en la necesidad de ver la idea de todas las cosas en Dios, a quien considera como la Fuente de toda luz, Luz de las inteligencias, Espejo de las ideas, único y último refugio de la debilidad humana.

Asentado ya el principio de que no hay conocimiento posible sin la idea de cada objeto, y esta idea, o más bien este cúmulo de ideas, es necesario para tener un conocimiento completo, nos vemos obligados a admitir que estas ideas las encierra en sí el Creador. De esta manera, cuando Dios se considera a Sí mismo, cuando contempla sus propios perfecciones, abarca de un solo golpe a todos los seres; estos seres que son y que serán, los ve pues en Sí.

Por otra parte, Dios está estrechamente unido con nuestras almas, con una unión de Creador con su creatura; y esta unión es tan íntima que se puede afirmar que, así como el espacio es el lugar de los cuerpos, Dios es el lugar de los espíritus; de tal manera que el espíritu tiene ciertos privilegios que no tendría si así no fuera.

Ahora bien, si por un lado Dios ve en sí a todos los seres creados, y por otro, el alma está unida con El, resulta que se puede deducir un tercer principio, a saber: "que el espíritu puede ver en Dios lo que representa a los seres creados, porque esto es de orden espiritual, es muy inteligible y presente al espíritu".

El filósofo da a esta conclusión un valor importantísimo y rechaza de hecho, cualquier otra. Ante la posibilidad de que le podrían objetar que Dios crea en las inteligencias un número infinito de ideas, y que esta creación en cada individuo bastaría para tener el conocimiento, responde que no puede ser así, y asienta su opinión sobre varias razones entre las cuales descuellan las siguientes: Dios, en su infinita sabiduría, se complace en hacer cosas muy grandes con medios muy pequeños, y son tanto más pequeños los medios, cuanto más grandes sean las cosas que El quiere hacer. Ahora bien, si Dios crease en cada inteligencia una infinidad de ideas, y que eso lo repitiese una infinidad de veces, en una infinidad de inteligencias, resultaría algo más complejo que el hacer ver, en su propia esencia, las ideas de todas las cosas, y eso a todas las inteligencias. Diríamos, en lenguaje moderno, que Dios viene a ser una especie de cinema, donde los clichés van pasando visiblemente ante los espectadores.

Tal es efectivamente la idea del filósofo, pues, se apresura a hacer una pequeña explicación para precaver al espíritu contra cualquier noción que rayara en panteísmo. Nos advierte, pues, que lo que vemos son los objetos en Dios, y no a Dios mismo en su esencia. "La esencia de Dios es un ser absoluto, y los espíritus no ven la sustancia tomada absolutamente, sino sólo en cuanto que es relativa a las creaturas".

La prueba de ello está en que, lo que así vemos, son meros cuerpos, es decir algo material, divisible, figurado, en una palabra, algo muy imperfecto; mientras que siendo Dios el Ser perfecto, por excelencia, es inmaterial e indivisible. Dios es el ser, pero no simplemente tal ser, en particular, luego lo contiene todo. Sin embar-

go, nosotros vemos uno y otro ser en particular: ¿cómo comprender entonces la simplicidad de Dios? ¿cómo hacer acordar estas ideas que tienen apariencia de contradicción? Malebranche contesta diciendo que lo que vemos en Dios, si bien se logra mediante las ideas, no son las mismas ideas; lo que vemos son las cosas que las ideas representan. La idea queda invisible para el espíritu, pero si va unida al espíritu; y esta unión hace que el objeto aparezca ante nuestra vista.

No podemos menos de subrayar que, en este punto, la explicación de Malebranche raya en realismo; sólo faltaría decir que la idea viene del objeto, mientras que él afirma que la idea hace surgir el objeto, y que viene de Dios; procede, como todo idealista, a la inversa del común de los hombres.

Otra razón es la tomada de la dependencia del hombre para con su Dios. En efecto, dependemos de la voluntad de Dios, y no vemos sino lo que El quiere que veamos, y apoya esta "verdad" sobre la Sagrada Escritura: "no somos capaces, por nosotros mismos, para concebir un buen pensamiento, como de nosotros mismos, sino que nuestra capacidad viene de Dios". (San Pablo: II Cor. 3, 5). Aplica pues las palabras del apóstol a todo conocimiento y especialmente al conocimiento del cual se enorgullecen tanto los "filósofos ingratos". Dios es la regla de nuestros pensamientos, el Padre de la luz "PATER LUMINUM"; la ciencia de los hombres, en una palabra LUX VERA QUAE ILLUMINAT OMNEM HOMINEM VENIENTEM IN HUNC MUNDUM.

En fin, la última razón es que cuando uno quiere aprehender un ser, por el hecho mismo que lo desea y que busca la verdad, es que tiene ya una idea, a lo menos confusa, de ella; no se busca lo que se ignora del todo, sino lo que se quiere aclarar y del cual se tiene ya cierta noción general. Ahora bien ¿de dónde le puede venir al hombre este comienzo de conocimiento? No puede ser de sí mismo, pues ¿de dónde lo sacaría? tiene que ser de Dios el cual está presente al espíritu humano y encierra todas las cosas. Es decir que el poder ver todas las cosas clara y particularmente partiendo de confuso y general implica la necesidad de verlas en el Ser que las encierra a todas, y sólo El puede encerrarlas; si se descubre este Ser, se descubre de golpe todo lo que El encierra; y si se descubren las cosas, es prueba de que se descubrió ya el Ser.

Por otra parte, hay verdades cuyo conocimiento es harto difícil de explicar sin la intervención de una inteligencia superior a la del hombre; tales son las ideas universales, porque una inteligencia limitada y finita se detiene a un ser, a tal ser, y no se concibe que, por sí sola, pueda abarcar lo general, lo abstracto, sólo una iluminación de lo Alto puede, en estos casos, venir en ayuda a la pequeñez del entendimiento del mortal.

Malebranche encuentra estas razones tan importantes, que las considera suficientes para demostrar la misma existencia de Dios; porque, si el hombre puede tener una idea clara y distinta del infinito, siendo él finito tiene que ser debido a la existencia de un Ser infinito, y además este ser ha de estar unido estrechamente con el ser finito, sobre el cual refleja sus perfecciones.

Más aún, la idea de infinito es, en el hombre, anterior a la de finito porque en buena cuenta, aprehender el infinito es aprehender el Ser sin saber si es finito o infinito. En efecto, para concebir la idea de finito, se procede quitando algo a la noción de infinito, puesto que se puede ir de más a menos, pero nunca de menos a más: se conoce a la creatura partiendo de Dios, y no a Dios partiendo de las creaturas; Dios no depende de sus creaturas, sino que las creaturas dependen de Dios, son "simples participaciones muy imperfectas del Ser divino".

Y las ideas ¿qué hacen en el espíritu? ¿cuál es su papel? "iluminan el espíritu haciéndolo feliz o infeliz"; vale decir que tienen una acción eficaz. Desde luego, la idea es superior al espíritu; en efecto: para que un agente tenga eficacia y acción sobre un ser, tiene que ser superior a este ser; y como es así que sólo el Autor del ser humano puede tener acción sobre él y modificarlo, resulta que "todas nuestras ideas deben encontrarse en la sustancia eficaz de la divinidad", única que sea inteligible porque sólo ella puede afectar la inteligencia.

"Dios ha hecho todas las cosas para Sí", dice la Sagrada Escritura, y esto lo dice refiriéndose al amor que el hombre debe a su Creador. Malebranche extiende este texto hasta nuestras facultades cognoscentes, porque no debemos a Dios tan sólo nuestro corazón, sino también nuestra inteligencia. De tal manera que así como ha hecho las cosas para su servicio, y que se las debemos retornar, ha hecho asimismo nuestra inteligencia para Sí; en una palabra, to-

do conocimiento viene de Dios y vuelve hacia Dios. Apartarse de esta idea constituye una ofensa a la divinidad, atribuyéndosele a la criatura lo que sólo pertenece al Creador. EL OBJETO INMEDIATO DE LA INTELIGENCIA DEL HOMBRE, no se cansa de repetirlo, ES DIOS Y SOLO DIOS, Y TODAS LAS COSAS EN DIOS.

Aniquilado por completo el poder del hombre frente al mundo; vista la imposibilidad de unir la materia con el espíritu; reducida a la nada la inteligencia del hombre soberbio; queda un montón de ruinas sobre el cual aparece un puente salvador y que va a establecer la unión entre los dos mundos paralelos: este puente es Dios.

Esta es la gran conclusión: "DIOS ES EL MUNDO INTELIGIBLE o el lugar de los espíritus, así como el mundo material es el lugar de los cuerpos; de su poder reciben estos espíritus, todas las modificaciones; en su Sabiduría encuentran todas las ideas, y merced a su amor, se mueven y se agitan; y puesto que su poder y su amor no son otra cosa que El mismo, creamos con San Pablo que no está lejos de nosotros, en El tenemos la vida, el movimiento y el ser".

Son estas las últimas frases del capítulo sexto del libro tercero de la *Recherche de la verité*. Hacia ellas han convergido todos los argumentos anteriores; ahí va toda la doctrina compendiada.

Para llegar a sus conclusiones ha tenido, forzosamente que sacrificar algo: según hemos observado, sus nociones sobre la materia, el alma, Dios, son muy propias, y se apartan visiblemente de lo que dicen los demás; pues bien, eso nos inclina a concluir que lo que ha sacrificado es nada menos que la misma filosofía a favor de la teología. Lo que tendremos que estudiar ahora, será, por lo tanto, dirigido hacia tres disciplinas: su metafísica, su psicología, su teología, a lo cual se agregará su misticismo lo cual consituye, en último término, su característica.

EL SISTEMA DE MALEBRANCHE, FRENTE A LA PSICOLOGIA, LA METAFISICA Y LA TEOLOGIA

La psicología de Malebranche queda envuelta en un mecanismo casi general, de manera que las facultades del hombre tienen un papel muy reducido en cuanto a su acción propia y directa, siendo, según expresión del filósofo, factores "obrados", y no activos. Toda la acción la tiene el Creador. Sólo reconoce un rol primordial

a la razón, pero como considera a ésta con un carácter divino, resulta que toca estudiarla en la teodicea.

EL METAFISICO

Toda la Metafisica de Malebranche podría reducirse al estudio del Theos, veamos como:

a) El orden del conocimiento: LA RAZÓN UNIVERSAL.—Hemos visto anteriormente que todos los argumentos de Malebranche se agotaron para probar la incapacidad del entendimiento frente al conocer, y que así se llega a la conclusión de que no tenemos verdaderas facultades. Hemos descubierto también, entre las líneas del autor, la necesidad de una razón universal más o menos independiente de nosotros, es lo que tenemos que examinar detenidamente.

El problema se plantea partiendo de esta aseveración: "el orden del conocimiento y el orden de la existencia van unidos inseparablemente". Este principio lo enuncia en el prefacio de su obra como sigue: "nada más evidente que todas las criaturas son seres particulares, mientras que la razón es universal y común a todos los espíritus, lo que viene a ser lo siguiente: lo que es particular, no es tal sino mediante una multitud de circunstancias múltiples, variadas y repetidas, y cuyo lazo de unión escapa a nuestro conocimiento; mientras que lo universal envuelve una infinidad de casos que podemos muy bien unificar y aprehender con una idea clara, una idea comunicable.

Así por ejemplo, "el dolor que yo siento, tu no lo sientes porque es mío y no tuyo; pero la verdad que yo veo clara y distintamente no es excesivamente mía, es también tuya porque tú la ves y la comprendes como yo. De tal manera que lo que se refiere a cada uno de nosotros en particular, en nuestros sentidos y aún en nuestra conciencia, lo experimentamos de una manera variable, fuerte a veces, pero, siempre obscura. Lo universal, lo podemos conocer y concebir distintamente y hacerlo concebir a los demás. Desde luego a pesar de nuestras diversidades, podemos comprendernos; existe una misma razón que nos ilumina a todos sin pertenecer propiamente a nadie en especial.

Con estas palabras queda bien probado que para Malebranche, el hombre no posee razón individual, aunque disfrute de ella. Investigando detenidamente el problema, encontramos en el discípulo de Descartes, el por qué de su opinión acerca de la razón: COGITO, ERGO SUM, repite después del maestro, lo repite con veneración y a manera de axioma; COGITO, pienso; en mi pensamiento está, por consiguiente, toda mi existencia: SUM, pero ¿qué soy? ¿qué es mi alma?... ya presentimos la respuesta que, si bien no la expresó terminantemente Malebranche, la deja entender: EGO SUM COGITATIO. ¿Cómo esto? no conocemos nada de nuestra alma, sólo podemos aprehender algo de ella mediante el pensamiento; en cuanto a su sustancialidad, la ignoramos por completo. Ahora bien, este pensamiento que consideramos esencialmente nuestro, ¿a dónde va?... Pues bien, pasa inmediatamente a la razón sin la cual no habría en nosotros ninguna claridad, es decir, ningún pensamiento verdadero. Nos encontramos en un verdadero círculo: la Razón, esta razón que no puede ser sino divina, es el "lugar del pensamiento" vale decir, del alma. Y con eso hemos resuelto el problema del conocimiento frente a la razón: conocemos mediante la razón, pero, la razón es divina; por otro lado, pensamos, y eso constituye la necesidad de la existencia del alma; pero, como el pensamiento va a la razón, conocemos mediante Dios; lo cual podemos expresar mediante el silogismo siguiente:

Conocemos por la razón.....

La razón viene de Dios.....

Luego conocemos mediante Dios.

Del orden del conocimiento, pasamos al de la existencia.

b) *El orden de la existencia.*—El pensar no se reduce para Malebranche a una simple actividad del alma, menos aún a un simple aspecto del alma; el alma no es activa, porque no es el agente del pensamiento; pensar es algo así como hacer; pensamos, sí, pero ¿qué pensamos? "pensamos el ser", y por lo mismo *que pensamos*, deducimos que *el ser existe*. Mas este ser que pensamos se halla por encima de todos los seres particulares, porque éstos se modifican continuamente, es un ser puro y simple, es el Ser sin restricción;

de tal manera que, así como mi razón es un fragmento de la razón universal, *mi ser no es más que un fragmento* del ser total; "todos los seres particulares participan del Ser aunque ninguno lo iguala". "El ser encierra todas las cosas; pero, las cosas creadas y posibles no pueden llenar la inmensidad del Ser", porque se trata de infinito. El infinito, como se ha visto anteriormente, lo descubre el hombre en los objetos, o más bien, en la idea de los objetos; estas ideas son infinitas en cuanto a su número, de tal suerte que el infinito nos envuelve, y, en él se mueve nuestra inteligencia. *Esta noción de infinito* es pues lo que nos lleva a la noción de Dios y de su existencia. Comprobado que Dios existe, que es infinito y que es nuestra razón única, quedan estrechamente unidas las dos grandes verdades: existencia y conocimiento se hallan en Dios y sólo en El, siendo así que *Dios es razón única de nuestro ser* y de nuestro conocimiento.

Detengámonos un instante ante estas conclusiones, las cuales podríamos resumir en la forma siguiente:

Pienso.

Pienso el ser.

El ser es infinito.

El infinito es Dios.

luego; pienso Dios, y.

por lo tanto Dios existe.

Dando así al verbo *pensar* una forma gramatical nueva.

Al reflexionar un tanto sobre esta manera de concluir, nos preguntamos si Malebranche se da cuenta cabal de lo que, con tanta seguridad, expone. Por lo pronto, el COGITO ERGO SUM, se ha cambiado en un EGO SUM COGITATIO pero a su vez, el SUM COGITATIO se vuelve: COGITO, ERGO, DEUS EST. Si él no lo expresa con tanta claridad, lo deducimos nosotros sin salir de lo que él afirma en sus conclusiones. Ahora bien, ¿cómo calificar esta doctrina? no podemos negar que encierra un fondo de panteísmo, sin duda que no se trata de un panteísmo de sustancia a la manera de Spinoza, sino de un panteísmo de orden intelectual, si es que se puede decir así; en efecto, si no hay más que una sola razón, una razón universal, esta razón tiene que ser divina, como lo hemos dicho anteriormente, lue-

go, *razonamos con la razón de Dios*, o más bien, El es quien razona en nosotros y por nosotros. De igual manera, la razón de ser de nuestra alma es el pensar, o mejor dicho, nuestra alma es pensamiento; lo que viene a decir que el pensamiento es sustancia, una verdadera realidad sustancial. Ahora bien, ¿quién dirige nuestro pensamiento? tiene que ser Dios, puesto que no tenemos facultades propias ni verdaderas. Por consiguiente, si tenemos, por una parte, que Dios piensa por nosotros, y por otra, que nosotros pensamos el ser, resulta que el pensamiento no es otra cosa que la sustancia divina que se piensa a sí, y, "al pensarse", se produce continuamente, lo que constituye una conclusión de un panteísmo inequívoco. Sin embargo, Malebranche tiene un recurso para escapar a ello; este recurso es la Idea, la cual es el intermedio entre Dios y nosotros.

c) *El orden de las ideas*.—El término que conviene para sintetizar la noción de Dios es: INFINITO, lo cual nos obliga a añadir que es también perfecto. Ahora bien, sus perfecciones que El encierra en Sí desde toda eternidad, no forman un orden abstracto, sino un orden realmente vivo. A este orden vivo y eterno pertenecen las ideas; y estas ideas serán, según el filósofo, lo que conoceremos. Anda tan seguro de ello, que presenta el hecho como una verdad acatada por todo el mundo. No conocemos nada directamente, declara más de una vez, sino sólo mediante las ideas. No tenemos por que volver sobre la explicación de lo que él entiende por ideas, réstanos tan sólo profundizar el asunto para poder hacer la crítica.

Nuestro filósofo parece gozar cuando puede poner de acuerdo a San Agustín con Platón, ya que se propuso cristianizar al segundo mediante el primero, y en lo tocante a las ideas, bien supo descubrir, en las obras del Santo Obispo, todo un trozo muy a propósito: "las ideas son ciertos primeros modelos o arquetipos estables e inmutables de todas las cosas, los cuales no han sido hechos, y por lo tanto son eternos, y quedan siempre los mismos en la sabiduría eterna que los encierra". Apoderándose pues, nuestro idealista, del pensamiento agustiniano, le da cuerpo, y asegura que, si las ideas son eternas, es porque son perfecciones, de Dios, y por lo tanto se hallan en Dios. Por consiguiente, si, como hemos dicho

anteriormente, pensamos el ser, pensamos a Dios, resulta que aprehendemos, al mismo tiempo, todo lo que El encierra, incluso las ideas, las cuales vienen a ser entonces el alimento inefable e indispensable de la inteligencia del hombre.

Es así como la visión de Dios se vuelve visión de las cosas en Dios. Así escapamos también a toda interpretación panteísta.

Siendo el conocimiento de Dios la condición del conocimiento en general, se trata de saber hasta qué punto podemos conocerlo; ya dedujimos mediante la noción de infinito, su existencia, pero, ¿su esencia?... Malebranche nos contesta que no podemos decir nada acerca de la esencia divina, porque es superior a nosotros. Pero en Dios hay dos clases de perfecciones: unas son absolutas y se refieren al mismo Dios; éstas quedan incomprendibles para nosotros. Otras son simplemente relativas y se refieren a las criaturas, y de ellas nos dice: "los atributos relativos a las criaturas son las ideas inteligibles de todas las obras visibles".

Dando un paso más, preguntamos al autor, ¿cómo pueden las criaturas participar de la realidad de las ideas divinas, o, lo que es lo mismo, de la naturaleza divina?... Parece que, al llegar a este punto, nuestro filósofo queda arrimado entre la espada y la pared, pues se contenta con decir que, el cómo le escapa: "el Verbo divino encierra los cuerpos de una manera inteligible, y la sustancia divina está representada en las criaturas, y *aceptamos* que es así, porque no podemos comprender las propiedades del infinito". Así es como el filósofo abdica ante la dificultad, contentándose con adherir mediante la fe; para él le basta, con tal que Dios sepa, conozca y quiera, nosotros no necesitamos más.

Le propondremos una última objeción a este respecto: si, como él nos lo asegura sin cesar: "Dios es su propia luz y ve, y conoce su existencia y su esencia, y que en su propia sustancia descubre la esencia de todos los seres"; resulta que nosotros, al recibir la luz divina, recibimos y participamos de su propia sustancia, lo que nos lleva otra vez al panteísmo. A lo cual nos contesta: "Dios no comunica su sustancia, sino en cuanto su sustancia los representa". Ya sabemos que se refiere a las ideas, pero, retenemos también que nos acaba de decir que, frente a la dificultad de comprender, acude a la fe, lo cual nos llevará a estudiar en él, al teólogo.

La extensión inteligible.—Constituyendo las ideas, realidades sino sustanciales, a lo menos intelectuales, tenemos que saber dónde pueden desarrollarse, porque se nos plantea un problema verdaderamente complicado. Nos aclara Malebranche la dificultad hablándonos de la "extensión inteligible"; veamos lo que entiende por ello.

La extensión reviste varios aspectos que no debemos confundir: en primer lugar, tenemos la extensión propiamente tal, la cual constituye "el lugar de la materia", siendo, por lo tanto, el grado inferior; en ella se desarrolla todo el mecanismo de nuestro filósofo. Al extremo superior, tenemos la extensión infinita, o sea la inmensidad divina. Entre estas dos se halla la extensión inteligible que es la que nos interesa particularmente. Esta extensión, al igual que la anterior es "sustancia de Dios", pero tan sólo "en cuanto" que representa los cuerpos, es decir las ideas de los mismos. . . Nada más claro que la extensión inteligible, ya que por ella, vale decir, por las ideas de los cuerpos, conocemos muy distintamente, no la naturaleza de Dios sino la naturaleza de la materia".

Concluye diciendo: "la extensión inteligible, no es una modificación del alma, ya que no se encuentra sino en Dios; en efecto, siendo nuestro espíritu finito, mientras que la idea es inmensa, necesaria, eterna, como todo lo que viene de Dios, siendo al mismo tiempo, común a todas las inteligencias, no puede, por lo tanto, convenir a las modificaciones de las criaturas, puesto que se trata de perfecciones divinas".

Pero, esta extensión inteligible ¿qué es en buena cuenta? puede decirse que es el arquetipo de la extensión. Por lo tanto, al decir que la extensión inteligible es la sustancia divina en cuanto conoce, no quiere decir que sea el mismo Dios, sino que Dios la posee, la ve en su inmensidad como en una unidad intelectual; de tal manera que, mientras que la inmensidad de Dios permanece siempre idéntica a sí misma, la extensión inteligible puede modificarse sin cesar, dando lugar a nuevas creaciones de seres, o haciendo posible la existencia de seres nuevos.

Gracias a eso, Dios no se agota nunca, porque la extensión inteligible no atañe a su sustancia esencial; nosotros podemos ver y conocer nuevas ideas que Dios nos comunica, no lo agotaremos jamás, así como el artista no se agota produciendo obras; la obra de

arte es algo del artista, sin embargo, por más que se multipliquen las producciones, el artista no pierde nada de su genio; si bien ha comunicado algo de él, no ha abandonado nada de su ser real existencial. Así es como Malebranche tiene lista la respuesta contra aquél que le tachara de creer en la unisustancialidad entre Dios y sus criaturas.

En resumidas cuentas, tenemos que las relaciones que hay entre Dios y el hombre son las siguientes: Dios es la razón de nuestra existencia y de nuestro obrar, El es la verdad que nos ilumina; así es que, gracias a la unión que tengamos con El, encontraremos el nudo inteligible o lazo de los espíritus; su Sabiduría nos comunicará las ideas, y su poder nos hará actuar. Es así como ha llegado a la conclusión de poder ver las cosas en Dios.

Después de estas consideraciones comprendemos por qué Malebranche desecha el poder de los sentidos en el problema del conocimiento, no porque los sentidos sean inútiles, sino que su papel queda sumamente limitado. ¿Qué se les ofrece? por un lado, lo material, o sea informar el cuerpo en todo cuanto le sea útil y provechoso; por el lado espiritual, una simple ocasión de información; lo que necesitamos sin ideas claras, las cuales no pueden venir sino de Dios; luego, "si Dios es Quien se comunica a los hombres, uniéndose a sus espíritus, y penetrándolos, no necesitamos más... es un misterio que no podemos entender pero que debemos acatar".

No podemos entender... tal es la triste conclusión, digamos la humillante conclusión de un filósofo, de un metafísico impotente para sacar una conclusión directa, y que pide auxilio a otra disciplina, la teología; la razón no dió solución, ni porque viene de Dios, la Revelación nos la dará.

Esta confesión viene a decir que la metafísica es una ciencia incompleta y que tiene que ser ayudada por otra, a no ser que constituya un todo uniforme y común con la teología; esta segunda acepción parece ser la de nuestro filósofo-teólogo; él no ve diferencia, y encuentra natural hablar de revelación ya que todo nos viene de Dios directa y exclusivamente; esto se comprende si se toma en cuenta sus principios fundamentales; no tenemos razón propia, sino que participamos de la razón universal; por lo tanto, no puede haber una ciencia que descansa en las solas luces de la razón humana;

luego, si la conclusión es errónea, es porque el punto de partida lo es...

EL TEOLOGO

Cuando leemos a Malebranche, nos preguntamos ¿qué es lo que domina en su persona: el teólogo, el místico, el fatalista, el visionario o simple y buenamente el filósofo? aunque tenga realmente de todo un poco, él no quiere sino el nombre de filósofo en toda su plenitud. Debemos confesar, sin embargo, que su sistema tiene una posición propia, la cual calificamos de "teognosticismo". Tenemos ahora, por lo tanto, que estudiar el problema enfocando las dos nociones de: Razón y Fe. El abate Foucher, en una obra crítica sobre el libro de Malebranche, dice: "no podemos satisfacer al mismo tiempo la razón y la fe, puesto que la razón nos pide abrir los ojos, mientras que la fe nos aconseja cerrarlos". Nuestro filósofo-teólogo no entiende las cosas así, porque quiere edificar sus raciocinios sobre ideas claras, y no quiere tampoco, separar la razón de la fe; ¿cómo conciliar entonces estas bases de ceguera y plena luz?

Malebranche resuelve el problema mediante tres etapas: en primer lugar, pide la fe ciega ante el dogma; luego, viene el acto de fe frente al misterio revelado; en fin, la tercera etapa la constituye la unión de la razón humana con la divina, es decir el triunfo de la inteligencia conducida por la fe. Es así como la proposición: la filosofía es la sirvienta de la teología, como decían en la Edad Media, *ANCILLA THEOLOGIAE*, pasa a ser *SOROR THEOLOGIAE*, o más bien:

Religión = Filosofía.

Ahora bien, ¿cómo unir los dos extremos de lo enunciado, o sea: la fe ciega con que hemos principiado, con la plena luz con que hemos terminado? el eslabón está constituido por la Razón divina que es, a la vez, razón nuestra.

Piensa haber destruido, de un golpe, toda filosofía que no descansara en la fe; pero, en realidad, incurre en un círculo vicioso al afirmar que "la religión es la razón encarnada, el orden vuelto sensible, o si se quiere una metafísica sensible e inteligible para el común de los hombres". En efecto, si no hay más que una razón

y un orden, no hay por lo tanto, más que una metafísica; esta metafísica rige, a través de los dogmas y de las leyes del alma y del cuerpo, todo lo referente a la vida. Entonces, tenemos:

de la Fe, vamos a la Razón;
 de la Razón, vamos a la Metafísica;
 pero, la Razón es una y divina;
 luego: la Metafísica viene de Dios.

Aunque nosotros, no podemos quedar satisfechos con esta solución; Malebranche no pide más, y a él le basta su acto de fe universal. Esto nos lleva a deducir otro punto, a saber: si conocemos todas las cosas en Dios, y al mismo tiempo tenemos que conocer a Dios para aprehender las cosas; hay que admitir que el mismo conocimiento de Dios, no lo podemos realizar mediante nosotros mismos, sino mediante la intuición divina que actúa en nosotros, ya que no tenemos razón propia. Por consiguiente, según nuestro teólogo no puede haber conocimiento de Dios por vía de analogía, porque la analogía no nos da ideas claras ni distintas; entonces, concluimos que la teodicea no existe, ni tiene razón de ser, bastando, para el conocimiento de Dios, la enseñanza teológica, y todavía, tenemos que ver qué clase de teología.

Es así como llegó a dar el golpe mortal a la metafísica como nosotros la entendemos, quitándole su médula misma: la razón.

Aunque Malebranche crea hacer obra de apostolado, tenemos que confesar que, en ese punto, se aparta por completo, de la enseñanza católica: los concilios, los Padres y Doctores de la Iglesia están acordes en reconocer el papel de la razón humana en la teología; el Concilio de Vaticano insiste mucho en el particular; y en el "Juramento antimodernista" de Pío X, explícitamente se reconoce que podemos *demonstrar* que Dios existe. La teología se sirve de la teodicea en cuanto la puede ayudar, y la Fe la ilumina en lo que la razón no puede descubrir. La razón indaga, demuestra, encamina; la Fe es la antorcha que guía y hace descubrir, hasta que, una vez descubierta la verdad, la razón vuelve a la tarea para explicar. Es así como se armoniza, en la doctrina católica, lo que puede el individuo solo, y lo que hace la luz divina para ayudarle en sus incertidumbres. Así lo entendió Santo Tomás de Aquino,

doctor eminente en las ciencias sagradas, y en cuya doctrina se equilibran perfectamente todas las disciplinas divinas y humanas, y donde el saber brilla a la vez que la virtud, cada una en la esfera que le corresponde, *sin confusión ni exclusión*.

Malebranche no admite tales cosas; todo su error radica precisamente en la confusión de los órdenes; con su fe, piensa "filosofar simplemente", con la razón divina, espera "filosofar perfectamente". Por otra parte, su concepto de razón universal y divina y con su categórica negación de toda verdadera causalidad en la creatura, hace que, cuando decimos que aprehendemos a Dios mediante la razón, viene a ser lo mismo que decir: Dios se aprehende en sus creaturas mediante su propia razón. Es por eso que la teodicea está de más entre las disciplinas intelectuales.

Hemos llegado, en nuestra labor crítica sobre la doctrina de Malebranche, a tal punto que lo tenemos refugiado en franco "fideísmo", es decir, en el dominio exclusivo de la fe, pero de una fe que no es tal cual la enseña la Iglesia. Lo que nos queda examinar, es el cómo de su creencia, de su adhesión; tomando sus expresiones, encontramos las siguientes: "vemos a Dios"; "Dios infunde su luz", y otras por el estilo. Nos interesa pues saber ¿de qué visión se trata? Hemos salido del ambiente filosófico, para pasar al teológico; pero, la teología católica comprende varias partes entre las cuales, la teología dogmática y la teología mística. La primera se refiere al estudio propiamente dicho de la ciencia sagrada; la segunda encierra la idea de algo práctico; y mientras la anterior se lleva a cabo mediante la reflexión personal ayudada por la fe, la segunda es de experiencia vivida que se da mediante la acción especialísima del Espíritu Santo. Hay diferencia entre el teólogo que "sabe", y el místico que "experimenta"; encontrándose entre los dos, el asceta que por las diversas purificaciones, de que hablan los santos, se encamina a la unión con Dios.

Según estas notas, ¿dónde consideraremos al Oratoriano que nos ocupa? Nos es muy fácil descubrir en él a un contemplativo; se dedica al estudio, a la reflexión, su vida es una meditación continua; y su actitud frente a Dios, reviste un carácter de cierta pasividad; ora y espera, después de haber meditado. Todo eso nos inclina a colocarlo entre los espíritus predisuestos al misticismo. Pero, para comprender mejor su misticismo es preciso hacer algunas

reflexiones acerca de los diversos modos de conocer a Dios, y veamos lo que dice Maritain a este respecto.

Los modos de conocer a Dios son los siguientes: en primer lugar, tenemos la "sabiduría metafísica", o sea el modo racional y humano, y que se lleva a cabo por vía de analogía; a este conocimiento pueden llegar todos los mortales que gozan de su inteligencia. Al extremo opuesto, tenemos la "visión beatífica", o sabiduría de los elegidos del cielo, la cual constituye el conocimiento intuitivo, perfecto y por ende, inmediato. Entre estos dos modos se halla el conocimiento por la fe, el cual tiene tres aspectos: la fe sola, la fe acompañada de la razón y la fe unida a los dones del Espíritu Santo; la fe sola acata buenamente lo que se le presenta como dogmas; la fe y la razón se armonizan en la "sabiduría teológica"; y la fe iluminada por el Espíritu Santo, constituye la "sabiduría mística".

Esta síntesis nos va a permitir encontrar la verdadera posición de Malebranche: descartando la visión beatífica a la cual no pretende en esta tierra, descartando asimismo la sabiduría metafísica porque no le da ideas claras y distintas, nos quedan los tres aspectos de la fe. El primer aspecto marca, como lo hemos visto, la primera etapa; pero la perfección nos la dará la sabiduría teológico-mística. Ahí es donde va a rematar todo el sistema: es teológico porque descansa en la fe; es místico porque pide intuición divina; pero, al no ser absolutamente teológico, tenemos que ver si es y hasta qué punto, del dominio de la mística.

EL MISTICO

Muchos son los que pretenden llevar el nombre de "místicos", en la serie de filósofos desde Platón y Plotino hasta los alemanes del siglo pasado. Tengamos presente que, mientras todos estos pensadores toman, o más bien usurpan un título con razones dudosas, otra serie de místicos se desarrollan en una hermosa falange de almas selectas que brillan cual antorchas resplandecientes entre las filas de los cristianos fervorosos, tales: una Santa Teresa o un San Juan de la Cruz.

El problema de Malebranche se plantea, pues, con sumo interés, porque participa de ambas series: es un gran filósofo en cuanto — pese a sus concepciones teóricas — indaga, razona, analiza,

busca la verdad y toda la verdad; es un místico a su manera en cuanto la busca en la unión con Dios. Es el filósofo quien reflexiona, es el místico quien se adhiere a Dios en la contemplación y la visión.

En realidad, la posición de Malebranche está en la confusión de la filosofía con la teología mística. El asunto es de la mayor importancia porque encierra todo el sistema, y merecería un largo desarrollo... Veamos los puntos principales...

El libro *Recherche de la vérité* nos presenta a su autor en busca de la verdad; las *Méditations* nos descubren el modo empleado en esta indagación, y este modo es la contemplación. Lo que nos importa saber ahora es ¿qué es lo que contempla y de que modo contempla?

La respuesta a la primera pregunta es muy sencilla: Malebranche contempla, ante todo, *la verdad*, tomando esta palabra en su sentido esencial de tal manera que contemplar la verdad viene a ser lo mismo que contemplar a Dios en cuanto que es la verdad. Pero, esa verdad, aunque de orden divino, se extiende a toda clase de verdades, y la contemplación viene a suplir a la insuficiencia de los sentidos y de las facultades. Por lo tanto, lo que así contemplamos no pertenece necesariamente y sólo al orden sobrenatural, sino también al orden natural y común, o mejor dicho, en su contemplación borra la distinción entre estos dos órdenes, pues todo viene a parar a Dios, o lo que es lo mismo, a la Idea. Así piensa Malebranche.

Ahora bien, cuando nosotros contemplamos, podemos como dice Maritain, hacerlo en el orden metafísico, y el caso más común es el de la contemplación artística; así, por ejemplo, el pintor, el poeta, el músico contemplan, y, de esa contemplación brota la inspiración, la cual origina la creación artística; esta contemplación con sus frutos, es, por cierto, un don de Dios, pero, un don dentro del orden natural, como todo lo que recibimos sin salir de las cosas comunes; es decir que, si bien el artista contempla la belleza, la cual es el reflejo de la Suma Belleza, lo que contempla, en realidad, no es Dios mismo, sino la obra de su creación divina; todo esto es de orden metafísico o racional. Pues bien, no encontraremos el modo de contemplación de Malebranche en este orden de cosas, pues, la idea; objeto de su contemplación, es realmente algo divino, y no un simple reflejo; luego, lo que para nosotros es natural, se torna divino en nuestro contemplativo, gracias a la Idea que es divina.

Pasando ahora a la contemplación mística como la entendieron los Santos, vemos que el objeto de su contemplación es muy distinto, pues todo, para éstos, es esencialmente divino: el santo místico ve a Dios en los objetos, y no los objetos en Dios; lo ve místicamente, es decir, por intuición lo ve en su humanidad, en sus perfecciones, en su poder; lo ve en sus criaturas en cuanto que éstas son obras de sus manos, lo ve en las cosas bellas en cuanto que reflejan su belleza; lo ve en sus santos, en las gracias que derraman por doquier; en todo eso, lo ve espiritualmente, y sin salir del orden divino. Mas, buscaremos en vano, en los tratados místicos, que el objeto de la contemplación sea cosas vulgares y figuradas. Y es precisamente en este sentido que se aplica la palabra de la Sagrada Escritura: "Bienaventurados los corazones puros porque ellos verán a Dios". Vió Santa Teresa, vieron también tantos santos y santas que no tenían conocimientos humanos, porque Dios mismo les inspiraba en las cosas espirituales, quedando, por otra parte, en su grado común y ordinario, en todo lo tocante a cosas temporales, tenían la "sabiduría mística", y no la humana.

Después de estas consideraciones, tenemos que confesar que Malebranche no tenía esta clase de contemplación, o si bien la podía tener, a veces, no constituía ésta, el fondo de su objetivo, o sea, el conocer propiamente hablando. Entonces, después de haber constatado que su contemplación no es ni metafísica, ni esencialmente mística, tenemos que concluir que nos ofrece un caso aparte. La mística malebranchina no tiene que ver con la de nuestros santos; tenemos que buscar su parecido en Platón y en Plotino. En efecto, todo lo dicho hasta ahora nos hace comprender que el objeto de la contemplación de nuestro filósofo es la verdad, la *verdad divinizada*, la verdad universal; y es precisamente en este punto que se encuentra con Platón, cuyo ideal de contemplación no era otra cosa que la Idea de Bien, o lo que es lo mismo, la Idea de Verdad, es decir el mismo Dios. En Platón, tenemos: Verdad = Bien = Dios. En Malebranche, si bien la confusión no es tan absoluta porque Dios conserva su realidad, no podemos negar, sin embargo, que frente al problema del conocimiento, nuestro filósofo cristiano tiene bastante del platonismo aunque cristianizado. Es por lo tanto, francamente idealista.

Nos queda la segunda parte del problema, la más importante, a saber: el modo de contemplación. Podemos dividir nuestras consideraciones, como en la parte anterior, según el objeto de la contemplación, en contemplación metafísica y contemplación mística. Veamos primero el artista en sus meditaciones y contemplaciones; lo hallamos por cierto, bastante arrebatado, y llevado a unas esferas desconocidas de los "profanos". Decimos que el artista, el poeta se hallan "fuera de sí", pero, no encontramos con todo, que este estado salga del orden natural de las cosas; por más que multipliquemos las expresiones y digamos que "se deja llevar", lo encontramos siempre en un nivel muy terrenal, y bastante dueño de sí; "las musas" inspiran, pero, el inspirado es el que obra, y nadie obra por él sus sentimientos están en acción continua, su imaginación exaltada planea novedades; su mente reflexiona, la voluntad permanece activa dejando al hombre todo poder para reaccionar. Así es como se contempla en el orden metafísico. Por cierto que Malebranche no admitiría figurar entre los artistas. Su modo de contemplación no es éste.

Pasando ahora a la contemplación de los místicos, nos hallamos frente a un espectáculo muy distinto, porque, en este caso, el que obra principalmente no es el hombre, sino el mismo Dios que se sirve de las facultades del hombre, pero sin hacerle perder a éste su personalidad; es el Espíritu Santo quien interviene con la infusión de sus dones; es la gracia que se hace eficaz en un alma bien dispuesta y preparada; en fin, es un don del cielo. El místico no es un ser pasivo, pues su trabajo personal es la base sobre la cual Dios edifica: tiene que vivir una vida pura y limpia de faltas voluntarias, practicar las virtudes cristianas, la mortificación, y en general todo lo que pide el ascetismo; pero, por más que haga esfuerzos, que reflexione y medite, no disfruta del don de contemplación sino cuando y como Dios quiere; pues muchos lo desean y no lo alcanzan. El ideal místico no se alcanza tan fácilmente, y, por regla general, hay que pasar por varias etapas conocidas de todos aquéllos que se dedican a la oración mental; desde los primeros pasos de la vida purgativa hasta la unión mística. Conforme el alma avanza en estos caminos, la acción de Dios se va haciendo más marcada; y muy distinta es la simple meditación de un principiante, de la sublime contemplación de uno que ha llegado a la cumbre de la

unión divina. En los comienzos, la gracia de Dios obra invisiblemente y paulatinamente, en los últimos grados la acción de Arriba es más intensa, y, a veces la humanidad por esencia esos fenómenos extraordinarios que abundan en *la vida escrita* de los santos: arrobamientos, éxtasis, visiones, don de profecías y de milagros; fenómenos no necesarios ni generales en los místicos.

Aunque todo místico no llega a disfrutar de estos dones extraordinarios, encontramos en todos ellos un punto común, y es que el alma fiel, después de haber buscado "humanamente" las luces de lo Alto, las recibe después "divinamente", cuando el Espíritu Santo actúa en el entendimiento. Entonces el místico goza un tanto de las delicias del cielo; el corazón está abrasado; la inteligencia, satisfecha; la voluntad, dulcemente arrastrada. En estos momentos exclama con San Pablo: "¿quién me separará de la caridad de Cristo?" o con Santa Teresa: "muero porque no muero"; y otras tantas formas que exteriorizan lo que el alma siente interiormente.

Dejando ahora el "cortejo del Cordero" para volver a nuestro humilde contemplativo, en vano lo buscaremos entre estas almas sublimes. Ceirto que no hemos hablado del estado de "quietud" que Santa Teresa coloca entre las diversas etapas de la vida de oración, pero tampoco tiene parecido este estado con el de nuestro filósofo, porque el punto de partida es muy distinto. La mística cristiana se funda en el amor y crece con él; en nuestro Oratoriano, la contemplación radica en la inteligencia; en la mística, el alma infiel puede caer de estas altas esferas, perdiendo entonces los favores del Espíritu Santo; en el filósofo, la visión marca la meta; en el místico el perfeccionamiento va creciendo más y más, en Malebranche, cuando se "conoce" bien, allí está todo. La unión mística tiene por objeto santificar, la unión del segundo tiene por objeto el conocimiento general. En fin, si bien, en ambos casos, la gracia actúa, el primero la recibe para poseer a Dios: "quien a Dios tiene, nada le falta" (Santa Teresa); el segundo la recibe para ver.

Al decir que la contemplación de Malebranche es intelectual, hemos enunciado lo fundamental, porque, para él, el lazo de unión del hombre con Dios no es el amor sino la facultad de conocer; sin duda que encuentra un gran recurso en el amor divino, lo desea, lo pide también, pero su objetivo principal está en la visión. No olvidemos que Malebranche reconoce la existencia de una razón uni-

versal; esta razón universal es, por lo tanto, la facultad por excelencia mediante la cual el hombre puede realmente ver.

Recapacitando, tenemos que, no es propiamente el hombre, en cuanto que ser racional e inteligente, el que ve, sino el hombre, en cuanto participa de la razón divina, vale decir que Dios se contempla a Sí mismo, sirviéndose del hombre como de simple "ocasión". Esto constituyé su estado natural y normal, a tal punto que no se requieren dones de un orden extraordinario, sino cosas al alcance de cualquier ser racional de buena voluntad, lo cual debe apetecer y buscar como el alimento de su inteligencia.

¿Qué hacer entonces? olvidar lo que dicen los sentidos; los autores espirituales nos hablan el mismo lenguaje, pero ¡qué distinto es el significado! Para las lumbreras de la verdadera mística, los sentidos, con todas sus exigencias, son obstáculos a la contemplación en cuanto detienen el alma en la parte baja de la naturaleza decaída, y despiertan apegos a cosas terrenales; para Malebranche, se trata simplemente de meros obstáculos para el conocer, es decir un peligro para el espíritu; de tal manera que rechaza el valor de los sentidos, no porque alejen de Dios, sino porque opacan la verdad, tomando un puesto que no les corresponde.

En fin, otra consideración es la que, si lo que asegura nuestro filósofo-místico fuera cierto, habría que buscar los más "iluminados" entre los más santos, puesto que la "visión" es tanto mayor por cuanto el alma va unida más estrechamente a su Creador, a tal punto que la santidad y el conocimiento deberían andar paralelamente.

Todo eso nos obliga a concluir que no podemos encontrar la posición de Malebranche entre los que llamados, en un lenguaje verdaderamente católico, los místicos. Su posición definitiva es la siguiente: SOLUCIONAR PROBLEMAS METAFÍSICOS CON RAZONES MÍSTICAS; lo que se sintetiza en el círculo siguiente: venimos de Dios, volvemos a Dios, sin haber salido de Dios.

Tal es el sistema de Malebranche, del cual Bossuet no ha podido decir otra cosa que: NOVA, PULCHRA, FALSA; y llegó a este extremo por una simple prevención contra el realismo escolástico que marco el punto de partida de todo su trabajo de investigación.

En cuanto a nosotros, sacamos las siguientes conclusiones:

Conclusión I.—El idealismo teognosticista de Malebranche es una doctrina inadmisibles como criterio para resolver el problema del conocimiento, por las siguientes razones: en primer lugar, es un idealismo estéril; luego, para salvar la dificultad que se le presentó después de haber rechazado la eficacia del realismo, tuvo que desbaratar todas las disciplinas filosóficas, para luego acudir a una simple adhesión de fe. Este sistema es uno de los tantos sistemas idealistas que se van sucediendo en el curso de la historia de la filosofía, contradiciéndose los unos a los otros, proclamando así su falsedad.

Conclusión II.—En Malebranche, la relación entre las disciplinas reviste un carácter muy importante. Nosotros consideramos que las disciplinas del saber humano, si bien deben armonizarse mutuamente, deben también conservar ciertos límites de independencia, o, por lo menos, de autonomía. La principal división es la concerniente a las disciplinas humanas con respecto a las basadas en la Revelación cristiana. Nosotros consideramos como un abuso el solucionar problemas metafísicos con razones místicas, porque Dios ha dado a cada individuo las facultades necesarias para llenar la plenitud de su vida. El ser racional puede vivir su vida racional con los dones que Dios le ha otorgado para ello: su inteligencia puede conocer, su voluntad determinarse, es dueño de su amor, y así de las demás facultades.

El dominio de la fe no puede confundirse con lo humano; se pide fe al hombre frente a lo que es superior a su alcance, v. gr. los misterios, los cuales han sido revelados. Pero, de ninguna manera puede haber confusión entre la fe y el saber, así como no puede haber contradicción. Rechazamos, por lo tanto, la teoría de la visión en Dios.

Conclusión III.—Reconocemos, conforme a la enseñanza de la Iglesia, que Dios es causa primera de todo cuanto acontece; pero reconocemos también que deja a sus criaturas cierto poder, en lo que llamamos causas segundas; por lo tanto, no admitimos el ocasionamiento malebranquino, ni doctrina similar.

Nuestra última palabra debe ir dirigida hacia Santo Tomás. Leibnitz había suspirado por el establecimiento de una filosofía pe-

renne; su sistema no lo pudo conseguir. Nosotros también anhelamos algo estable y perenne en la más excelsa de las ciencias. Cier- to es que nunca se podrá llegar a una perfecta uniformidad de opi- niones como ocurre en las ciencias exactas, pero podemos aspirar siquiera a cierta comunidad en las bases. Pues bien, esta filosofía perenne la encontramos en el realismo tomista. El Doctor angélico pidió a Aristóteles los materiales que necesitaba para elaborar su filosofía como lo había hecho San Agustín con Platón, y sobre es- tos cimientos se ha elevado la más sólida, la más luminosa, la más bella de las filosofías hasta entonces concebidas. Han pasado las corrientes más diversas, los sistemas más variados se han imagina- do, cada cual aniquilando el anterior; mientras tanto, el tomismo se mantiene firme, ya oculto, ya visible, cual estas vetas metálicas que constituyen la riqueza de nuestro subsuelo.

El tomismo, bajo su forma escolástica, ofrece tal vez ciertos matices, pero, ¿qué son esas pequeñeces de forma al lado de la fuerte unidad que envuelve toda la Escuela?

El tomismo es la salvaguardia de la fe y de la razón, porque marca la medida y el equilibrio en todo orden de cosas sin confu- sión alguna. Es humana porque reconoce en el hombre lo que le es propio y natural, es divino y cristiano porque reconoce en el hombre lo que le acerca a Dios mediante su vida sobrenatural; en una palabra, es perfecto porque marca armonía entre lo humano y lo divino. Lo han reconocido los Sumos Pontífices al ordenar la enseñanza tomista en los Seminarios. Lo han comprendido muchos teólogos tanto sacerdotes como seglares al acatar la decisión de la Iglesia a este respecto. Y para terminar, hacemos nuestro el anhelo de Jacques Maritain que suspiraba porque el tomismo fuera no so- lamente la filosofía perenne sino la filosofía única.

Maria Antonieta BARANGER
SS. CC.